

Jacob y Wilhelm Grimm

Cuentos completos, 3



Alianza editorial

El libro de bolsillo

La presente obra es traducción directa e íntegra de la edición completa de la colección de los hermanos Grimm, *Kinder-und Hausmärchen*, publicada en Berlín, 1812-1817.

Traductora: María Antonia Seijo Castroviejo

Primera edición: 2009

Segunda edición: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Charlotte Weeks: *Niña leyendo* (detalle), 1890.

Colección particular.

© Christie's Images / Bridgeman Images / AGE fotostock

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Grupo Anaya, S.A., Madrid

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-067-3

Depósito legal: M. 23.386-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 El joven gigante
- 22 El duendecillo de la tierra
- 28 El rey de la montaña de oro
- 36 El cuervo
- 44 La inteligente hija del campesino
- 49 El viejo Hildebrando
- 55 Los tres pajaritos
- 61 El agua de la vida
- 69 El doctor Sabelotodo
- 73 El espíritu de la botella
- 80 El hermano tiznado del diablo
- 85 Piel de Oso
- 92 El reyezuelo y el oso
- 96 La papilla dulce
- 98 La gente astuta
- 104 Cuentos del sapo
- 107 El pobre aprendiz de molinero y la gatita
- 112 Los dos caminantes
- 126 Juan, mi erizo
- 133 La mortajita
- 135 El judío en el espino
- 142 El cazador de oficio
- 150 El trillo del cielo
- 152 Los dos príncipes
- 163 El sastrecillo avisgado

Índice

- 168 El sol brillante lo sacará a la luz del día
- 171 La luz azul
- 178 El niño testarudo
- 179 Los tres barberos
- 184 Los siete suabos
- 189 Los tres mozalbetes artesanos
- 194 El príncipe que no temía a nada
- 201 La ensalada de asno
- 210 La vieja del bosque
- 214 Los tres hermanos
- 217 El diablo y su abuela
- 222 Fernando fiel y Fernando infiel
- 229 La estufa de hierro
- 237 La hilandera perezosa
- 241 Los cuatro hermanos habilidosos
- 247 Unojito, Dosojitos y Tresojitos
- 258 La hermosa Cati y Pif Paf Poltrie
- 261 El zorro y el caballo
- 263 Los zapatos gastados de bailar
- 268 Los seis sirvientes
- 278 La novia blanca y la novia negra
- 285 Juan de Hierro
- 296 Las tres princesas negras
- 299 Knoist y sus tres hijos
- 300 La doncella de Brakel
- 301 La compañía
- 303 El corderito y el pececillo
- 306 El monte Simeli
- 310 El viaje
- 312 El borriquillo
- 317 El hijo desagradecido

Índice

- 318 El nabo
- 322 El hombrecillo recién forjado
- 325 Los animales de Dios y del diablo
- 327 La viga del gallo
- 329 La vieja pordiosera
- 330 Los tres vagos
- 332 Los doce criados perezosos

El joven gigante

Un campesino tuvo un hijo del tamaño de un dedo pulgar, y así se quedó y en varios años no creció ni una pulgada más. Una vez el campesino quiso ir al campo para arar, y entonces dijo el pequeño:

–Padre, yo quiero ir contigo.

–¿Quieres ir conmigo? –dijo el padre–. Anda, quédate aquí, que no me vas a servir de nada y además te puedes perder.

Entonces Pulgarcito comenzó a llorar y, para tener paz, el padre se lo metió en el bolsillo y se lo llevó con él. Ya en el campo, volvió a sacarlo y lo puso en un surco recién arado. Estando allí sentado, llegó por el monte un enorme gigante.

–¿Ves allí aquel duende grande, grande? –dijo el padre.

Quería asustar al niño para que fuera bueno.

–Pues va a venir y te va a llevar con él.

El gigante dio unos pasos con sus largas piernas y se presentó en el surco. Levantó al pequeño Pulgarcito con dos dedos de forma cuidadosa, lo contempló y se fue con él sin decir una sola palabra. El padre, de puro miedo, no pudo pronunciar ni una palabra y dio a su hijo por perdido, pensando que no lo volvería a ver en todos los días de su vida.

El gigante se lo llevó a casa, le hizo que mamara de su pecho y Pulgarcito creció y se hizo fuerte y grande como los gigantes. Dos años después, el gigante fue con él al bosque para probarlo y le dijo:

–Arranca una vara.

El muchacho tenía ya tal fuerza, que arrancó un árbol joven con todas sus raíces.

El gigante, sin embargo, pensó: «Esto tiene que mejorar».

Se lo volvió a llevar consigo y le dio de mamar durante dos años más. Cuando volvió a probarlo, habían aumentado sus fuerzas de tal manera que pudo arrancar un árbol viejo. Pero al gigante no le parecía todavía suficiente; lo alimentó durante dos años más y, cuando volvió al bosque con él, le dijo:

–Ahora arranca una vara decente.

El joven arrancó la encina más gorda de la tierra, de tal manera que ésta crujió y para él fue solamente un juego.

–Bien, ahora está bien –dijo el gigante–, ya has aprendido. –Y lo llevó de nuevo al campo donde lo había cogido. Su padre estaba detrás del arado y el joven gigante se dirigió a él diciendo:

–Aquí estoy, padre; ya ve cómo su hijo se ha hecho hombre.

El campesino se asustó y dijo:

–No, tú no eres mi hijo; no te quiero, vete de mi lado.

–Claro que soy su hijo; déjeme trabajar, que puedo arar tan bien como usted, o mucho mejor.

–No, no, tú no eres mi hijo, y no sabes arar, así que vete de mi lado.

Pero, como sentía miedo de un hombre tan grande, dejó el arado, retrocedió y se sentó en el suelo al lado.

El joven empuñó la esteva¹ con una sola mano y apretó con tanta fuerza, que la reja se clavó profundamente. El campesino no pudo aguantarlo y le gritó:

–Si quieres arar, no lo hagas con tanta fuerza, que así no te sale bien.

El joven desenganchó los caballos, se unció él mismo al arado y dijo:

–Váyase a casa, padre, y diga a madre que prepare una buena fuente de comida; mientras tanto, yo trabajaré el campo.

El padre se fue a casa y le encargó la comida a su mujer. El joven aró él solo dos yugadas² de tierra, y luego se unció él mismo al rastrillo y rastrilló con dos rastrillos a la vez. Cuando terminó, fue al bosque, arrancó dos encinas, se las echó a la espalda, se colocó un rastrillo delante y otro detrás, un caballo delante y otro detrás, y lo llevó todo como si fuera un haz de paja a casa de sus padres.

Cuando llegó al patio, su madre no le reconoció y preguntó:

–¿Quién es este hombre tan tremendo y tan grande?

1. Pieza corva y trasera del arado, sobre la cual lleva la mano el que ara para dirigir la reja y apretarla contra la tierra.

2. Espacio de tierra de labor que puede arar una yunta en un día.

El campesino dijo:

–Es nuestro hijo.

–No, este ya no es nuestro hijo; nunca hemos tenido uno tan grande. El nuestro era una cosita muy pequeña.

El joven permaneció callado, llevó los caballos al establo y les echó paja y cebada, como es debido. Cuando terminó, fue a la habitación, se sentó en el banco y dijo:

–Madre, ahora quisiera comer. ¿Hay algo hecho?

Ella contestó:

–Sí.

Y trajo dos fuentes grandes, muy grandes, con las que hubieran podido saciarse ella y su marido durante ocho días. El joven, sin embargo, se las comió él solo y preguntó si no había más.

–No –dijo ella–, eso es todo lo que tenemos.

–Pero eso era sólo un aperitivo; tengo que comer algo más.

Ella no se atrevió a llevarle la contraria, así que puso un enorme caldero lleno de cerdo y, cuando estuvo listo, lo llevó a la habitación.

–Finalmente llega algo decente –dijo él.

Y se lo comió todo, pero aún no era suficiente para calmar su hambre.

Entonces, dijo él:

–Padre, ya veo que en su casa no logro saciar mi hambre: hágame un bastón de hierro que sea muy fuerte y que yo no pueda romper con mis piernas y así me iré por el mundo.

El campesino se alegró, unció dos caballos al carro y recogió en casa del herrero un bastón tan grande y tan gordo como podían transportar dos caballos. El joven lo

cogió en la rodilla y, ¡crac!, lo partió en dos como si fuera una vara y lo tiró. El padre unció cuatro caballos al carro y trajo un bastón tan grande y tan fuerte como podían transportar los cuatro caballos. El hijo lo dobló también con las rodillas y dijo:

–Padre, esto no vale para nada. Unza más caballos y tráigame un bastón más fuerte.

El padre unció ocho caballos y trajo un bastón tan fuerte y tan gordo como podían transportar los ocho caballos. Al cogerlo el hijo con la mano se partió inmediatamente un trozo de arriba. Entonces, dijo:

–Padre, ya veo que no puede traerme un bastón como yo necesito, así que no quiero permanecer más tiempo en su casa.

A continuación se puso en camino y se hizo pasar por aprendiz de herrero. Llegó a un pueblo en el que vivía un herrero muy avaricioso, que no admitía que nadie tuviera nada y todo lo quería para él. Fue a verlo a la herrería y le preguntó si no le hacía falta un aprendiz.

–Sí –dijo el herrero.

Lo observó con atención y pensó: «Es un mozo trabajador; seguro que sabrá golpear bien y así se ganará su sustento». Preguntó:

–¿Qué sueldo quieres?

–No quiero nada –contestó–, pero cada quince días, cuando los otros reciban su paga, quiero hacerte dos travesuras que tendrás que soportar pacientemente.

El avaricioso se alegró en lo más profundo de su corazón, pensando que así se ahorraría mucho dinero.

A la mañana siguiente el aprendiz extranjero tuvo que golpear el yunque el primero, pero cuando el maestro

trajo el hierro candente y aquél dio el primer golpe, el hierro voló y el yunque se hundió en la tierra de forma tan profunda que no lo pudieron sacar de allí.

El avaricioso se puso de muy mal humor y dijo:

–No me sirves, golpeas demasiado fuerte. ¿Qué quieres que te dé por este golpe?

Entonces él dijo:

–Te gastaré una broma y nada más.

Y, levantando el pie, le dio tal patada que voló por encima de cuatro carretadas de heno. A continuación se buscó la barra de hierro más gorda que había en la herrería, la cogió para bastón, y siguió su camino.

Cuando había andado un rato, llegó a una granja y le preguntó al capataz si no necesitaban un ayudante.

–Sí –dijo el capataz–, me hace falta uno. Pareces un muchacho trabajador: ¿Qué sabes hacer y cuánto quieres ganar?

Él volvió a contestar que no quería paga, pero que todos los años le haría cuatro travesuras que debería aguantar con paciencia.

El capataz se puso contento, pues también era un avaricioso.

A la mañana siguiente, los criados tenían que ir al bosque, y éstos estaban ya levantados, mientras él seguía en la cama. Uno lo llamó:

–Levántate, que ya es hora. Vamos al bosque y tienes que venir con nosotros.

–¡Oh! –dijo él de forma grosera y obstinada–. Id andando, que voy a llegar mucho antes que vosotros.

Los otros fueron a ver al capataz y le contaron que el criado estaba todavía en la cama y no quería ir al bosque a talar.

El capataz les dijo que lo despertaran otra vez y que unciera los caballos.

Pero el joven dijo como la vez anterior:

—Id andando, que voy a llegar mucho antes que vosotros.

Estuvo dos horas más en la cama, hasta que al fin se levantó, recogió dos fanegas³ de guisantes, se preparó un puré y se lo comió tranquilamente. Hecho esto, unció los caballos y se dirigió al bosque. No lejos del bosque había un desfiladero, por el que tenía que pasar; echó por delante a los caballos, luego los hizo detenerse, cogió árboles y viñas, y preparó un enorme montón con ellos, de manera que no pudiera pasar ningún caballo. Cuando llegó al bosque, salían de allí los otros con sus caballos cargados y regresaban a casa. Entonces les dijo:

—Id andando, que voy a llegar a casa mucho antes que vosotros.

No se adentró demasiado en el bosque; en un santiamén arrancó dos de los árboles más grandes, los echó en el carro y se dio la vuelta. Cuando llegó ante el montón, estaban los otros todavía allí y no podían pasar:

—¿Lo veis? —dijo—. Si os hubierais quedado conmigo, habríais podido regresar igual de deprisa a casa y encima habríais podido dormir una hora más.

Quiso pasar, pero sus caballos no podían a través del montón. Los desenganchó, los colocó encima del carro, cogió él mismo el pértigo⁴ en la mano y, ¡aúpa!, tiró de

3. Medida de capacidad utilizada para áridos, que en Castilla tenía doce celemines y equivalía a cincuenta y cinco litros y medio.

4. Lanza del carro.

todo haciéndolos pasar tan fácilmente como si sólo fueran plumas. Cuando estuvo al otro lado les dijo a los otros:

—¿Lo veis? He pasado antes que vosotros.

Siguió su camino y los otros tuvieron que quedarse allí. En el patio cogió un árbol con la mano, se lo enseñó al capataz y dijo:

—¿No está mal, eh?

Entonces el capataz le dijo a su mujer:

—El mozo es bueno; aunque duerme más que los demás, también está de vuelta antes que ellos.

Así sirvió al capataz durante un año. Pasado el año, los otros trabajadores recibieron su sueldo, y él dijo que había llegado el momento de cobrar su paga. El capataz, sin embargo, tuvo miedo de las bromas que le gastaría y le pidió encarecidamente que las dejara pasar por alto, y que prefería convertirse en criado y dejar que él fuera el capataz.

—No —dijo—, yo no quiero ser capataz, yo soy el criado y quiero seguir siéndolo, pero quiero cobrar lo que está apalabrado.

El encargado le ofreció lo que quisiera, pero no le sirvió de nada; el criado respondió a todo que no.

El capataz no encontró salida alguna y le pidió quince días de plazo, con idea de hallar alguna solución. El criado le dijo que le concedía el plazo solicitado. El capataz llamó a todos sus escribientes, para que reflexionaran y lo aconsejaran. Los escribientes reflexionaron durante largo tiempo.

Finalmente llegaron a la conclusión de que nadie estaba seguro con aquel criado, que mataba a un hombre

como si fuera un mosquito. Lo que debería hacer era mandarle bajar a un pozo y limpiarlo y, cuando estuviera allí abajo, ellos harían rodar una de las piedras del molino que allí había, y se la tirarían a la cabeza; así no volvería a ver la luz del día. Al capataz le gustó el consejo y el criado se dispuso a bajar al pozo. Cuando estaba ya en el fondo, hicieron caer la piedra de molino más grande y pensaron que lo había aplastado, pero él gritó: —¡Quitad las gallinas del pozo, que están escarbando ahí arriba, me están echando tierra en los ojos y no me dejan ver!

El capataz gritó entonces:

—¡Fuera, fuera!

E hizo como si espantara a las gallinas.

Cuando el criado acabó su trabajo, subió y dijo:

—Mirad qué collar tan bonito tengo.

Y era la piedra del molino, que la llevaba alrededor del cuello.

El criado quiso cobrar entonces su paga, pero el capataz le pidió otros quince días para pensarlo. Vinieron los escribientes y le aconsejaron que enviara al criado al molino encantado para que moliera grano por la noche; de allí no había salido nadie con vida.

La propuesta le gustó al capataz. Llamó al criado aquella misma tarde y le dijo que llevara ocho medidas de grano al molino y las moliera durante la noche porque les hacía falta. El criado fue al granero y se metió dos medidas en el bolsillo derecho, otras dos en el izquierdo y las otras cuatro se las puso en un saco atravesado, mitad sobre la espalda, mitad sobre el pecho, y así cargado fue al molino encantado.

El molinero le dijo que durante el día se podía moler bien allí, pero no de noche porque el molino estaba encantado, y a todo el que había entrado allí se lo había encontrado muerto a la mañana siguiente. Pero él contestó:

–Ya me las apañaré yo para salir de esta; márchese y váyase a dormir.

A continuación se fue al molino y puso a moler el grano. Alrededor de las once se fue a la estancia del molinero y se sentó en el banco. Cuando llevaba allí sentado un rato, se abrió de pronto la puerta y apareció una gran mesa y encima de ella había asado, vino y mucha comida, que apareció así por las buenas, pues no había nadie que la trajera. Poco después se colocaron sillas alrededor, pero no apareció nadie, hasta que de pronto vio dedos que utilizaban los cuchillos y los tenedores y se echaban la comida en los platos, sin que se viera a quién pertenecían. Como tenía hambre y vio las viandas, se sentó, comió y disfrutó de la comida. Cuando se hubo saciado y los otros habían vaciado también sus fuentes, oyó perfectamente cómo las luces se apagaban de un soplo y, estando todo oscuro como la boca de un lobo, le dieron una bofetada en la cara.

Entonces dijo:

–Como vuelva a pasar, empezaré también yo.

Al recibir por segunda vez una bofetada, atizó él también. Y así pasó toda la noche, pero no se dejaba pegar en vano, sino que devolvía los golpes en abundancia y golpeaba a su alrededor sin miramientos.

Al amanecer se acabó todo. Cuando el molinero se levantó, quiso ver lo que le había pasado y se asombró de que todavía estuviera vivo.

Entonces dijo:

–He comido en abundancia y he recibido bofetadas, pero también las he repartido.

El molinero se alegró y dijo que había quedado desencantado el molino y que le recompensaría dándole el dinero que quisiera.

Pero él dijo:

–No quiero dinero, ya tengo bastante.

Cogió su harina a la espalda, se fue a casa y le dijo al capataz que ya había realizado el encargo y que quería su paga estipulada. Cuando el capataz lo oyó, le entró verdaderamente miedo. No podía dominarse, iba de un lado a otro de la habitación, y las gotas de sudor le corrían por la frente. Abrió la ventana para respirar aire fresco, pero, antes de que se diera cuenta, el criado le dio tal patada que salió volando por el aire, hasta que nadie pudo verlo más.

Entonces el criado dijo a la mujer del capataz:

–Si no viene, tendrá que aguantar usted la otra broma.

Ella gritó:

–¡No, no! ¡No lo puedo soportar!

Y abrió la ventana, porque las gotas de sudor le caían por la frente. Entonces él le propinó una patada de tal categoría que salió volando y, como era mucho más ligera, voló mucho más alto que su marido.

El marido dijo:

–Ven a mi lado.

Pero ella gritó:

–Ven tú a mi lado, que yo no puedo ir al tuyo.

Y siguieron flotando en el aire sin que ninguno pudiera ir al lado del otro. No sé si todavía siguen flotando. El joven gigante, sin embargo, cogió su barra de hierro y prosiguió su camino.

El duendecillo de la tierra

Había una vez un rey muy rico, que tenía tres hijas, las cuales se paseaban todos los días por los jardines del castillo. El rey era muy aficionado a toda clase de árboles, y tenía uno al que quería sobre todos los demás, y de tal forma que, si alguien cogía una manzana de él, lo mandaba cien brazas bajo tierra.

Como era el tiempo de la cosecha, las manzanas del árbol se pusieron rojas como la sangre.

Las tres hijas se colocaban todos los días bajo el árbol a ver si el viento había tirado alguna, pero nunca encontraron ninguna, y el árbol estaba tan repleto de manzanas, que las ramas le llegaban hasta el suelo.

Entonces a la más pequeña de las princesas se le antojó una, y les dijo a sus hermanas:

—Nuestro padre nos quiere demasiado para enviarnos bajo tierra; creo que lo ha dicho pensando sólo en los extraños.

Y fue y cogió una manzana gordísima y, acercándose a sus hermanas, dijo:

–Probad, hermanas queridas. En mi vida he comido una manzana tan rica.

Las otras dos hermanas también mordieron la manzana, y las tres se hundieron bajo tierra, sin que nadie las echara de menos.

A mediodía el rey quiso llamarlas a la mesa, pero no las encontró por parte alguna; las buscó por todo el castillo y por todo el jardín, pero no pudo hallarlas. Entonces se sintió triste y anunció en todo el reino que el que le trajera a sus hijas se casaría con una de ellas.

Un gran número de jóvenes salió al campo y las buscó sin descanso, ya que todos las querían mucho porque eran muy amables y muy bellas. También lo hicieron tres jóvenes cazadores y, tras ocho días de viaje, llegaron a un gran palacio que tenía bellos salones; en uno de ellos había una mesa puesta con la comida aún caliente, y no se oía ni veía a nadie en todo el castillo.

Esperaron todavía medio día más, y la comida seguía caliente y humeando; pero tenían tanta hambre que al final se sentaron y comieron, y acordaron que se quedarían en el castillo y que echarían a suertes para ver quién permanecería en el castillo mientras los otros dos fueran a buscar a las hijas; lo hicieron así y la suerte le tocó al mayor. Al día siguiente los dos más jóvenes se fueron a buscarlas y el mayor se quedó en la casa. Hacia mediodía apareció un hombrecillo pequeñito y le pidió un trozo de pan; fue a darle una buena rebanada, pero en el momento de alargársela el hombrecillo la dejó caer y le dijo que, si era tan amable, volviera a darle la rebanada. Él

quiso dársela, y se inclinó para recogerla, pero en ese momento el hombrecillo cogió un palo, le agarró del pelo y le dio unos buenos azotes. Al día siguiente, al quedarse el segundo en la casa, tampoco le fue mejor. Cuando llegaron los otros dos a casa, le preguntó el mayor:

–Bueno, ¿qué tal te ha ido?

–Oh, me ha ido muy mal.

Y ambos se quejaron de su suerte, pero al pequeño no le dijeron nada de ello; no le querían y siempre le llamaban «Juan el bobo» porque no estaba en sus cabales.

Al tercer día se quedó el más pequeño en la casa y el hombrecillo volvió y le pidió un trozo de pan, pero en cuanto se lo dio, también lo dejó caer y le pidió que fuera tan amable de recogerle la rebanada.

–¡Cómo! ¿No puedes recoger la rebanada tú mismo? Si no te molestas en conseguir tu pan de cada día, tampoco mereces comerlo.

Entonces el hombrecillo se enfadó y le dijo que se lo recogiera, pero él, sin pérdida de tiempo, agarró al hombrecillo y le dio una buena paliza. El hombrecillo se puso a chillar y a gritar:

–¡Para, para! ¡Déjame! ¡Suéltame! Te diré dónde están las princesas.

Cuando oyó esto, dejó de pegarle. El hombrecillo le contó que era un duende de los miles que había en la tierra y que si iba con él le enseñaría dónde estaban las princesas. Luego le indicó un pozo muy hondo que no tenía agua. El duende le dijo que sabía bien que sus compañeros no eran amigos suyos y que, si quería salvar a las princesas, tendría que hacerlo solo. Los otros dos también querían encontrar a las princesas, pero no estaban

dispuestos a pasar penalidades ni peligros para conseguirlo; por tanto, él debería coger un cesto y sentarse dentro con un cuchillo de monte y una esquila y bajar al fondo. Allí abajo había tres habitaciones y en cada una de ellas estaba una de las princesas, que se veían obligadas a espulgar las muchas cabezas de los dragones que allí había, y sería él quien tendría que cortar las cabezas de los dragones. Dicho esto, el duendecillo desapareció.

Cuando se hizo de noche, llegaron los otros dos y le preguntaron qué tal le había ido. Él les dijo:

—¡Oh, bastante bien!

Añadió que no había visto a nadie hasta mediodía, en que llegó un hombrecillo que le pidió un trozo de pan, y que él se lo dio, y que el hombrecillo se lo dejó caer, y le pidió que lo recogiese, pero que no había querido recogerlo, y el hombrecillo se enfadó y, como él no entendió por qué, le dio una paliza, y que entonces el hombrecillo le dijo dónde estaban las princesas.

Los otros dos se enfurecieron tanto que se pusieron amarillos y verdes. Al día siguiente, por la mañana, se fueron todos al pozo y echaron a suertes a ver cuál de ellos se metía en el cesto y llevaba la esquila. Le tocó otra vez al mayor, se metió en el cesto y cogió la esquila. Dijo:

—Si toco la esquila, me subís en seguida.

Cuando estaba a una pequeña distancia, sonó algo y le subieron en seguida.

Luego se metió el segundo en el cesto y con él pasó lo mismo. A continuación le tocó el turno al más joven, que llegó hasta el fondo. Cuando salió del cesto, tomó su cuchillo, se puso delante de la primera puerta, escuchó y oyó roncar al dragón.